

ni prostituir á la joven, que jamás lo pensaron, sino en entretenerla, en divertirla, en llenarle la cabeza de las mil bagatelas, de que ha dicho la Escritura, que ejercen una fascinación que llega á obscurecer todos los bienes, (Sap. IV. 12) los propósitos, las devociones, los piadosos sentimientos . . . La prueba fue corta, de cerca de dos años, pero ruda. La Virgen María cuidaba á su hija muy amada, y conservaba su candor y protegía, en medio de la moderna Babilonia, su inocencia. Sus deseos, lejos de apagarse, se encendieron aún más; su vocación se fortaleció entre los peligros, y el haber dado al mundo una ojeada forzosa, sólo le sirvió para conocer su vanidad y sus horrores, y para querer más pronto huírlo y abandonarlo. Dios le inspira escribir á su hermana política la carta en que Zoé le muestra su corazón despedazado; impresionó á la hermana vivamente, hizo ánimo de favorecerla, trájola á su casa, y se interesó con su padre, con tal empeño, que al cabo le arrancó su consentimiento. No pudo negarse á instancias tan piadosas y tan

repetidas, y por fin vino en ceder á San Vicente su segunda hija así como le había cedido la primera.

La Inmaculada Virgen triunfaba, el demonio una vez más quedaba derrotado y vencido!

## CAPITULO V.

*Tres etapas.—Zoé entra de Hermana.—Ayudadores que Dios suscita.—Primeras visiones.—Anuncios cercanos.—Estado levantado.—San Ignacio.—Visión y lúgubres anuncios.—2ª Visión de la Medalla.—3ª Visión.—La Medalla milagrosa.—Ensayo.—Treinta y seis millones!*

En las comunidades y congregaciones religiosas se conocen tres etapas para llegar á ser miembro suyo: algunos meses se asiste á los actos de la comunidad, pero sin cambiar el nombre ni el vestido: esto se llama el postulado; en seguida se toma el hábito, se cambia el nombre, comienza á pertenecerse á la orden, aunque no de un modo definitivo: esto se llama el noviciado, y en las Hijas de la Caridad se le denomina el Seminario; al fin se ha-

ce la ceremonia de la profesión, se hacen los votos, y ya se pertenece definitivamente á la Congregación. Esta es la recepción ó profesión. Después de cerca de dos años que había durado la tormenta, Zoé abordó por fin al puerto, teniendo veinticuatro años de edad, al principio del de 1830. De tres á cuatro meses duró su postulado, y, el 21 de abril, entraba al Seminario, en la casa de las Hermanas en Chatillón.

Una de las mayores gracias que el Señor hace á un alma, es el proporcionarle un buen director, celoso, sabio y prudente. La dichosa Zoé, á la que llamaremos en adelante Catalina, por ser el nombre en que trocó el suyo, al entrar en la comunidad, fue favorecida de Dios con esa gracia. El P. Juan María Aladel, de quien hablamos ya, ese verdadero hijo de San Vicente, austero como un anacoreta, infatigable como un roble, prudente y experimentado, fue el director que Dios le deparó á la Hermana, como deparó á San Francisco de Sales para Santa Juana de Chantal, como deparó al P. Colombiere para la Bienaventu-

rada Margarita Alacoque, como depa-  
ró al arcediano de Lieja, después Pa-  
pa, á Santa Juliana de Monte Cornelio.  
Dios deposita el secreto y como el ger-  
men de sus designios en una humilde  
religiosa; pero se necesita un brazo que  
obre, y Dios provee de los tesoros de  
su Providencia esos brazos operadores.  
En Santa Juliana sembró el designio  
de la fiesta del Corpus, y lo obró por  
el Papa Urbano IV; en la Beata Ala-  
coque sembró el designio del culto de  
su Sagrado Corazón, y lo realizó por  
el celoso jesuita; en la hermana Cata-  
lina sembró el designio de una Aso-  
ciación y una Medalla, y lo realizó por  
el Padre Juan María. El Señor, al pa-  
recer, guarda ciertas leyes en la distri-  
bución de sus gracias, como guarda  
las leyes físicas en el esparcimiento  
de las lluvias. Y por eso éstas, suelen  
ser en la Escritura, un símbolo de  
las otras.

Apenas recibida nuestra joven entre  
las Hijas de la Caridad, comenzó nues-  
tro Señor á favorecerla con dones so-  
brenaturales. Durante la solemne tras-  
lación de las reliquias de San Vicente,

tres veces vió Sor Catalina el corazón  
del santo Fundador, primero color de  
carne, anunciando la paz y la unión; en  
seguida rojo color de fuego, anunciando  
la renovación y fervor de la cari-  
dad; y, al fin, rojo obscuro, inspirando  
tristeza y augurando las tempestades  
políticas de que entonces nada se sospe-  
chaba y que estallaron después sobre  
la Francia.

San Juan Crisóstomo hace notar,  
que Dios anuncia por los profetas al-  
gunos sucesos, que en breve han de  
cumplirse, para autorizarlos de ese mo-  
do, y que puedan ser creídos en lo que  
anuncien de más lejos. (Alap. cap. XIV  
in proph.) Así se iban realizando al-  
gunos anuncios de Catalina, como la  
indemnidad de las casas de Misione-  
ros y Hermanas durante la revolución  
que, con plena confianza y varias ve-  
ces, aseguró á su Director, la venida de  
un obispo á pedir hospedaje, asegu-  
rando que podría dársele sin ningún  
temor. Un día de la Santísima Trini-  
dad, al tiempo de la misa, representó-  
sele el Señor en la Eucaristía con ves-  
tiduras y corona reales; pero que,

al tiempo del evangelio, iban cayendo á sus pies, dejándole despojado de todo; y en eso conoció anunciarse la triste suerte del rey á quien despojó inicua-mente la revolución.

Por lo demás; durante el tiempo de su seminario, Dios le concedió el gozar claramente de su vista en el Santísimo Sacramento, mostrándosele en diversas figuras, conforme á los misterios del año eclesiástico. Lo mismo cuenta de sí santa Teresa, y otro tanto se lee en la vida de santa Rosa de Lima. Este estado levantado de su espíritu, y el exacto cumplimiento de varios anuncios en que la humana previsión no podía tener parte, si es que cupiese previsión alguna en una alma tan cándida y sencilla, todo esto hacía que el P. Aladel, su director, que la estudiaba con esmero, hiciese un juicio ventajoso de su espíritu y se fuese preparando á dar crédito á más espléndidas revelaciones. Nada de eso mostraba, empero, á su penitente; oíala como con cierta indiferencia, y no daba á conocer que hacía mérito alguno de cuanto

le comunicaba. Era la prudencia llevada á su colmo.

San Ignacio, en el libro de sus ejercicios, ha vulgarizado las señales del buen espíritu y no es hoy tan difícil el discernirlo: la humildad con silencio, la obediencia, la paz, señales son de que Dios anda con el alma; la vanidad en el hablar, la intranquilidad, el encaprichamiento, cosas son que del infierno salen. Catalina tenía todas las señas del buen espíritu: humildad que en muchos años no abre la boca; tranquilidad con paz imperturbable; obediencia tan entera que más no sería dable; insistencia en el desempeño de las funciones de Marta sin ponerse á descansar con Magdalena; estudio de las sólidas virtudes; ¿qué más podría desearse?

Bien sabidas son sus visiones relativas á la Medalla. A media noche el ángel custodio, en figura de hermoso niño, la despierta, la alumbra, la lleva á la capilla, abre las puertas y la deja con la Virgen María: "Quiero, hija mía, le dice la Madre de Dios, encargarte de una misión; trabajos pasarás, mas los sufrirás pensando que se trata de la

gloria de Dios. Contradicha serás, mas tendrás gracia particular y nada temas: cuanto te pase dilo con sencillez y confianza; las cosas que veas, dá de ellas cuenta á quien de tu alma está encargado." Luego á sus nuevas preguntas dice la Inmaculada Virgen:

"Malos son los tiempos: azotes caerán sobre Francia:

"El trono caerá por tierra,

"Desgracias de todo genero trastornarán al mundo.

"Todo se creará perdido. . .

"Habrá víctimas en las comunidades,

"En el clero de París,

"Morirá el Arzobispo:

"La cruz será pisoteada,

Las calles nadarán en sangre. . . ."

Al oír tan terrible anuncio, la vidente pensaba dentro de sí: "Y esto cuándo será?" Y una luz interior le indicaba: "cuarenta años".

Y á los cuarenta años, la feroz comuna con sus negros horrores, entre otros el fusilamiento de los rehenes, realizaba uno á uno todos los rasgos trazados por la Virgen Inmaculada.

Entretanto, Catarina se levantaba, y el niño luminoso la acompañaba de nuevo hasta dejarla en su aposento.

Eran las dos de la mañana, y el sueño no la vino más en las dos horas que aun faltaban para el despertar de la comunidad.

Otro día, el 16 de febrero de 1836, á las cinco y media de la tarde, tuvo una visión de la medalla milagrosa. María apareció como encerrada en un óvalo, el mundo pisado por sus plantas, aunque sólo aparecía medio mundo; blanca, deslumbrante era su túnica, azul de aurora su manto virginal, triples anillos ocupaban las articulaciones de sus dedos, y de ellos brotaban chispas de fuego, rayos luminosos, que, en copiosa lluvia, caían á la tierra. Eran signos de las gracias que María alcanza á los mortales y que más copiosas regaban á la Francia. Al derredor de la cabeza, en letras de oro, leíanse estas palabras: "Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos." El óvalo se vuelve, y la primera letra del nombre de María aparece y sobre ella la cruz, y bajo de ese emblema, dos corazones, el de Jesús cercado de espinas, y el de la Santísima Virgen traspasado con una espada.

Luego escucha estas palabras: "Es preciso acuñar una medalla en esta forma, y los que la lleven consigo, y con piedad digan la invocación, disfrutarán de la protección especialísima de la Madre de Dios."

Varias veces se renovó esta aparición, pero con especialidad el 27 de noviembre de 1830, que cayó en sábado. Apareció en la misma forma con algunos detalles más acerca del vestido. El mismo letrero, la misma promesa á quien lleve la medalla, especialmente en el cuello.

La Bienaventurada Margarita Alacoque tuvo tres principales manifestaciones del Sagrado Corazón de Jesús y la última refiere la Iglesia en su oficio. La hermana Catalina Labouré tuvo tres principales manifestaciones de la Medalla, y la última fue relatada en el oficio de la Manifestación de la misma.

El Sr. Aladel hacía del que no oía; el cólera impedía proceder á cosa alguna. Una conversación con el arzobispo de París, en la que el Prelado aprobó la idea é instó por su ejecución, hizo al fin realizarla. Era el año de 1832. Acu-

ñada la medalla comenzó desde luego á extenderse en especial por las Hijas de la Caridad. Tres curaciones maravillosas y tres conversiones brillantes se verificaron; la medalla comenzó á llamarse como se llamará perpetuamente: la *medalla milagrosa*. El arzobispo de París quiso ensayarla en la muerte de un obispo constitucional, célebre por sus errores y por su indigna conducta. El ensayo tuvo éxito feliz: el enfermo, recalcitrante al principio, dócil después, murió recibiendo los auxilios de la Iglesia.

La Francia tiene el don de popularizarlo todo: hasta el mal por desgracia. De la Francia se derramó la medalla como un torrente de misericordia y de gracias por todo el mundo. Las cifras son elocuentes. En diez años Mr. Vachette, fabricante de la medalla, acuñó dos millones de piezas de oro y de plata; diez y ocho millones en cobre, otros cuatro fabricantes que le ayudaban, troquelaron ocho millones más, nuevos fabricantes en Lyon produjeron como diez y seis millones.

Y en otras ciudades francesas y extranjeras un número incalculable.

El P. Aladel asombrado de esta propagación escribió en 1834, á solicitud de innumerables personas, una "Breve noticia de las apariciones, con la relación de muchas gracias obtenidas." El libro circulaba con rapidez; las ediciones se sucedían, y diez años después se tiraba la octava, muy aumentada; se habian vendido ciento treinta mil ejemplares. Y si cada ejemplar hubiese sido leído por ocho personas, la obra habría tenido diez millones de lectores.



## CAPITULO VI.

*Ordena la Virgen fundar la Asociación.—Motivos del silencio.—Estudio de las palabras.—“La Virgen quiere”.—Verdad, misericordia y paz—“Que establezcan una Asociación”—“Por qué si hay muchas?—Por qué el P. Aladel su fundador?—“Se le concederán copiosas gracias”.—“Se le concederán indulgencias.”—“El mes de Maria se celebrará con pompa.”—La generación casta.—Bendiciones.*

Entre esas apariciones y revelaciones, la Virgen Inmaculada había dicho á la Hermana Catalina en terminantes palabras, que ella refería así al P. Juan María Aladel su director: “La santísima Virgen quiere que fundeis una congregación de la cual sereis el superior; es una cofradía de Hijas de María, á las cuales, así como á vos, concederá muchas gracias, y se concederán indulgencias. El mes de Ma-